

LAS MANOS DE MI MADRE

Manos las de mi madre, tan acariciadoras,
tan de seda, tan de ella, blancas y bienhechoras.
¡Sólo ellas son las santas, sólo ellas son las que aman,
las que todo prodigan y nada me reclaman!
¡Las que por aliviarme de dudas y querellas,
me sacan las espinas y se las clavan en ellas!

Para el ardor ingrato de recónditas penas,
no hay como la frescura de esas dos azucenas.
¡Ellas cuando la vida deja mis flores mustias
son dos milagros blancos apaciguando angustias!
Y cuando del destino me acosan las maldades,
son dos alas de paz sobre mis tempestades.

Ellas son las celestes; las milagrosas, ellas,
porque hacen que en mi sombra me florezcan
estrellas.

Para el dolor, caricias; para el pesar, unción;
¡Son las únicas manos que tienen corazón!
(Rosal de rosas blancas de tersuras eternas:
aprended de blancuras en las manos maternas).

Yo que llevo en el alma las dudas escondidas,
cuando tengo las alas de la ilusión caídas,
¡Las manos maternas aquí en mi pecho son
como dos alas quietas sobre mi corazón!
¡Las manos de mi madre saben borrar tristezas!
¡Las manos de mi madre perfuman con terneza!
Ascensión

¡Dos alas!... ¿Quién tuviera dos alas para el vuelo?
Esta tarde, en la cumbre, casi las he tenido.
Desde aquí veo el mar, tan azul, tan dormido,
que si no fuera un mar, ¡Bien sería otro cielo!...

Cumbres, divinas cumbres, excelsos miradores...
¡Que pequeños los hombres! No llegan los rumores
de allá abajo, del cieno; ni el grito horripilante
con que aúlla el deseo, ni el clamor desbordante
de las malas pasiones... Lo rastrero no sube:
ésta cumbre es el reino del pájaro y la nube...

Aquí he visto una cosa muy dulce y extraña,
como es la de haber visto llorando una montaña...
el agua brota lenta, y en su remanso brilla la luz;
un ternero viene, y luego se arrodilla
al borde del estanque, y al doblar la testuz,
por beber agua limpia, bebe agua y bebe luz...

Y luego se oye un ruido por lomas y floresta,

como si una tormenta rodara por la cuesta:
animales que vienen con una fiebre extraña
a beberse las lágrimas que llora la montaña.

Va llegando la noche. Ya no se mira el mar.
Y que asco y que tristeza comenzar a bajar...

(¡Quién tuviera dos alas, dos alas para un vuelo!
Esta tarde, en la cumbre, casi las he tenido,
con el loco deseo de haberlas extendido
¡Sobre aquél mar dormido que parecía un cielo!)

Un río entre verdoros se pierde a mis espaldas,
como un hilo de plata que enhebrara esmeraldas...

LA MUCHACHITA PÁLIDA

Aquella muchachita pálida que vivía
pidiendo una limosna, de mesón en mesón,
en el umbral la hallaron al despuntar el día,
con las manitas yertas y mudo el corazón.

Nadie sabe quien era ni de donde venía
su risa era una mueca de la desilusión.
Y estaba el sello amargo de la melancolía
perpetuado en dos hondas ojeras de carbón.

En las carnes humanas dejo el hambre sus rastros...
La miraron las nubes, lo supieron los astros...
El cielo llovió estrellas en la paz del suburbio

Nadie sabe quien era la muchachita pálida...
Entre tanto —en la noche, la noche triste y cálida—
arrastrando luceros sigue el arroyo turbio...

LOS POTROS

Ya se acercan los potros; raudamente precisa
el grupo sus contornos de estética salvaje;
entre el pálido rosa del lánguido paisaje
corren desenfundados, a la par de la brisa.

Los potros ya se acercan: mas lo hacen tan aprisa,
que parece volaran sobre el quieto paraje;
desplázanse los cascos en fantástico viaje
atrás dejando chozas de silueta imprecisa.

Huracanadamente por los llanos nativos,
van devorando leguas los potros fugitivos,
por burlar los afanes de inútil seguimiento;

como una sombra alada pasan ante nosotros,

y los recios gañanes, en fuga tras los potros,
describen con los lazos rúbricas en el viento...

QUEZALTEPEC

La noche fue dantesca... En medio del mutismo
rompió de pronto el retumbar de un trueno...
Tropel de potros que rompiera el freno
y se lanzara, indómito, al abismo...

Un pálido fulgor de cataclismo,
al cielo que antes se mostró sereno,
siniestramente iluminó de lleno,
como si el cielo se incendiara él mismo...

Entre mil convulsiones de montaña
se abrió la roja y palpitante entraña
en esa amarga noche de penuria...

Y desde el cráter en la abierta herida
brotó la ardiente lava enfurecida
como un boa incendiando de lujuria.

LOS VIENTOS DE OCTUBRE (A LA LUZ DEL FOGÓN)

¡Quizás ya no venga! ¿No s'hia dado cuenta
de que están soplando los vientos de octubre,
y que el barrilete vuela, y ya no cubre
como antes al cerro, nube de tormenta?
Hoy s'iajusta el año y él me dijo: "Anita,
entre algunos días regreso por vos";
pero no lo quiso quizá tata Dios
¿Verdá, madrecita?

Cuando veyo el rancho de paja, el ranchito
q'él estaba haciendo pegado a la güerta,
y veyo tan sola y cerrada la puerta
y yeno de montes aquel caminito,
siento que me muerde, aquí adentro, un dolor,
y que l'alegría también se me ha ido,
y me siento agora, lo mesmo que un nido
que no tiene pájaros, ni tiene calor...

Naide me lo ha dicho, pero es la verdá.
En la madrugada tuve un mal agüero:
se estaba apagando, mamita, el lucero
detrás de aquel cerro que se mira allá,
y asina s'iapaga también lo que quiero ...

No tengo ni ganas de mirar p'ajuera.
¿Qué Fhiace que vengan, que vengan los vientos

si a mis sufrimientos
nada güeno traen de lo que quisiera?
Ciérreme la puerta. Siento que me cubre
un frío las manos, Dios sabe qué tienen...
¿Que no s'hia fijado lo tristes que vienen
agora los vientos, los vientos de octubre?

AIRES POBLANOS

Yo no sé qué gracias sugestionadoras
tienen estos pueblos de casitas blancas,
lentos de arboledas, lentos de barrancas
y muchachas frescas y madrugadoras ...

Quietos pueblecitos, donde la campana
de la vieja iglesia canta de alegría
cuando tras las cumbres de la serranía,
llena de rubores ríe la mañana ...

Yo no sé qué gracias llenas de candores
tienen estos pueblos plácidos y quietos
donde las abuelas duermen a sus nietos
dentro las hamacas de los corredores...

Dulces pueblecitos donde las cigarras
cantan en los claros días abrileros,
mientras a la lumbre de amorosos leños,
ritman sus tonadas trémulas guitarras.

Plácidos rincones donde la existencia
corre mansamente, como un agua pura;
donde hasta los vientos, plenos de frescura,
llevan en sus alas notas de inocencia...

Yo no sé qué encantos sugestionadores
tienen estos pueblos, blandos como un nido,
donde el dulce olvido, donde el dulce olvido,
pone un manto rosa sobre los dolores...

LA MATARON UN DÍA

"La mataron un día que se fue a traer l'agua...
Un hilito de sangre le manchaba la nagua!"

Ya no vendrá la moza de ojos madrugadores.
Solamente cantando de un maizal de las lomas
a mojarse las alas vino un par de palomas,
de esas que a veces bajan a los patios con flores. .

Inquietaron la poza. Marcháronse juntitas.
Sólo se oyen rumores de la finca cercana.

Unas ramas se mueven, turbando la mañana
y en lenta lluvia caen flores y hojas marchitas.

Poza de aguas celestes: los besos montañeros
han desnudado ramas para tejer tus velos;
eres azul y honda de tanto mirar cielos,
y eres trémula y clara de tanto ver luceros.

Muchacha de ojos negros como dos "clarineros",
desde que te llevaron, pálida, entre una caja,
ya a la poza con flores tu mamita no baja:
se acuerda de tus ojos cuando ve los luceros
parpadeando en la poza llena de aguas claritas.

Ya el cántaro no baja,
se secan los bejucos en tu rancho de paja,
cada día amanecen unas flores marchitas...

LA MAÑANITA

Entra en mi ventana
la luz de la aurora.
¡Qué linda está ahora
la rubia mañana!

Todo lo que abarco,
montes, lejanía,
lo encierra en su marco
la ventana mía.

Camino del río
van las bañadoras.
¡Qué lindas auroras
tiene mi bohío!

Entra con el rayo
de la luz temprana,
toda la galana
música de mayo;
¡música sin leyes,
celestiales trinos,
cánticos divinos
con mugir de bueyes!

Y con las inciertas
charlas de las brisas,
suena entre las huertas
¡cascabel de risas!

(Y entra en mi ventana
la luz de la aurora.
¡Qué linda está ahora

la rubia mañana...!)

Pues tu luz evita
mis melancolías,
ten muy buenos días,
rubia mañanita...

CON EL ALMA DESCALZA

¡La angustia despiadada
de presentir que todo ha sido vano...!
(Yo deshojé rosales con mi mano,
por tal de que su planta bienhadada
no se hiriera en la piedra...)

Yo me he quitado el alma y la he tendido
sobre un muro de olvido,
como un manto de hiedra...

Déjame que me enferme...
Por no turbar la calma, junto a ella
lo que sería sol, será una estrella...

Por no turbar su calma,
arroparé mi anhelo entre mi alma,
y él, será como un niño que se duerme...

Seré como una queja
que va descalza sobre alguna alfombra...
Seré como una sombra
que se aleja por seguir otra sombra ...

Ella tendrá alegría entre su boca...
Ella será una lira...
Y yo una suave mano que la toca,
y un viento que suspira...

¡Torre de flores que en mis parques se alza!
¡Corazón que entre rosas se ha dormido!
¡Con tal de no hacer ruido,
sobre las piedras mi alma irá descalza...

LOS OJOS DE LOS BUEYES

¡Los he visto tan tristes, que me cuesta pensar
cómo siendo tan tristes, nunca puedan llorar! ...

Y siempre son así: ya sea que la tarde
los bese con sus besos de suaves arreboses,
o que la noche clara los mire con sus soles,
o que la fronda alegre con su sombra los guardo. .

Ya ascendiendo la cuesta que lleva al caserío.
entre glaucas hileras de cafetos en flor...

o mirando las aguas de algún murmurador
arroyuelo que corre bajo un bosque sombrío.

¿Qué tendrán esos ojos que siempre están soñando
y siempre están abiertos?...
¡Siempre húmedos y vagos y sombríos e inciertos,
cual si siempre estuviesen en silencio implorando!

Una vez, en la senda de una gruta florida
yo vi un buey solitario que miraba los suelos
con insistencia larga, como si en sus anhelos
fuera buscando, ansioso, la libertad perdida ...

Y otra vez bajo un árbol y junto a la carreta
cargada de manojos, y más tarde en la hondura
de una limpia quebrada, y en la inmensa llanura,
y a la luz de un ocaso de púrpura y violeta

¡Siempre tristes y vagos los ojos de esos reyes
que ahora son esclavos! Yo no puedo pensar
cómo, siendo tan tristes, nunca puedan llorar
los ojos de los bueyes...

ACUARELA SALVAJE

Es el toro. Tan negro, que causa la impresión
de una bella escultura cincelada en carbón.

Sobre el repecho yergue su indómita arrogancia,
mientras todo un boscaje le rinde su fragancia...

Se oye una algarabía de urracas y de loros
en la tarde (princesa que se desmaya entre oros).

Entre policromías y entre bellezas tantas,
todo el bosque es murmullos, todo el bosque es
gargantas...

En los bejucos saltan pájaros de áureas colas,
y la charca se amansa, dormida, entre corolas.

Sobre la flor que aroma, sueña la flor que vuela:
tal es la mariposa que está sobre la umbela.

El del repecho mueve de pronto su figura:
sus ojos son relámpagos en una noche oscura...

¿Algo espera? ¡Algo espera! Lo dice su mirada
que en lo negro fulgura como una llamarada

Ruido como de un trote se oye lejano, sordo ...
De los guayabos vuelan dos palomas y un tordo ...

Vuélvese el del repecho. Sobre el negro testuz,
pone un fulgor sangriento la moribunda luz.

Por fin, entre malezas tupidas y apretadas,
despuntan cuatro cuernos, que es decir cuatro
espadas...

Avanza una pareja:
es un toro con manchas y una vaca bermeja...

El del repecho embiste con ímpetu salvaje.
Un gran fragor de cuernos emociona el paraje...

Cornadas por cornadas, bramidos por bramidos ...
Todo el bosque es silencio. Todo el bosque es oídos

No ceden hasta que uno dóblase en el repecho...
¡un gran clavel sangriento le condecora el pecho!

El negro toro yergue su victoriosa testa,
y resoplando baja la pedregosa cuesta.

Entre un claro de cielo del boscaje sonoro,
la "chiltota" atraviesa como un vislumbre de oro...

Un eco de canciones en el silencio vaga...
Un arrebol lejano sobre el charco se apaga ...

CANTEMOS LO NUESTRO

¡Qué encanto el de la vida, silos natales vientos
en sus ligeras alas traen ecos perdidos
de músicas de arroyos y música de nidos,
como mansos preludios de blandos instrumentos!

¡Qué encanto el de la vida, si al amor del bohío,
y entre un intenso aroma de lirios y albahacas,
miramos los corrales donde mugen las vacas
y oímos las estrofas del murmurante río!..

El terruño es la fuente de las inspiraciones:
¡A qué buscar la dicha por suelos extranjeros,
si tenemos diciembres cuajados de luceros,
si tenemos octubres preñados de ilusiones!

No del Pagano Monte la musa inspiradora
desciende a las estancias de pálidos poetas:
en nuestra musa autóctona que habita en las
glorietas

de púrpura y de nácar, donde muere la aurora.
Es nuestra indiana musa que, desde su cabaña,
desciende coronada de plumas de quetzales
a inspirarnos sencillos y tiernos madrigales,
olorosos a selva y a flores de montaña.

Vamos, pues, a soñar bajo tibios aleros

de naranjos en flor., cabe los manantiales:
octubre nos regala sus rosas y vesperales;
diciembre las miríadas de todos sus luceros.

ESTA ERA UN ALA

Siempre remuneraba mi visita
con el oro de un cuento encantador;
la candidez vivía en la ancianita
como el agua del cielo en una flor...
Adoraba los niños y lo azul;
siempre andaba vestida de candor,
y olía a albahaca y alcanfor
la ropa que guardaba en el baúl...
Qué tempraneras ella y las palomas:
a causa de que el patio se cubría
de flores, casi siempre amanecía
bajo los árboles, barriendo aromas...
Y en la noche, a la luz del lampadario,
rezaba con tan honda devoción,
que la luna asomándose al balcón,
la hallaba con el alma en el breviario.
Una noche de tantas... ¡ay! mi amiga
ya no volvió a asomarse al corredor.
“Está mala”, dijeron: “un dolor,
un cansancio, un silencio, una fatiga”...
Llegó el doctor, se puso a recetar
murmurando en voz baja: “está muy mala”...
Y supe el cuento triste: esta era un ala,
cansada de volar...

¿Y se fue? Como todo; cuatro cirios
llenaban el cuadrado de tristeza.
¡Cómo se confundía con los lirios
aquel santo blancor de su cabeza!

BALSA DE FLORES

Aquel caserío tenía un modo
de ser, especial:
el aire más fresco, más límpido, y todo,
¡todo era un paisaje pintado en cristal!
Por lo suave y dulce, por lo plañidera,
la voz de las aves casi era un suspiro...
Y era azul la sierra, la sierra lejana, cual si uno la
viera
detrás de un zafiro...
Para la tristeza de aquellos senderos
tenían las flores perfumadas frases;
y en los tamarindos, con los clarineros,
gemían zenzontles, lloraban torcaces...
Los ranchos de tejas por el sol doradas,
agrestes surgían entre el rumoroso verdor de las
cañas,
y los limoneros dábanle sus sombras aterciopeladas

al balcón abierto frente a las montañas.
Y tú eras la esquiva, morena poblana;
y yo era el viajero lleno de ilusión;
y cuando asomabas ¡qué linda se hacía la alegre
mañana

como si brotaran rosas del balcón!...
Y balsa de flores fueron tus amores,
morena, poblana, miel de los cañales...
Y mi amor fue el agua que lloró raudales
para que flotara la balsa de flores...

ALLÁ...

Lucita, ¡ qué pena
me da ver, envueltos en tímidos lampos
de luna, tus campos,
tu tierra morena;
la loma que se alza
con los capulines por que suspirabas,
y aquellos caminos por donde pasabas
bañada y descalza!
¡ Qué pena tan triste!
Tu campo está en sombras, pues tú eras la luz;
y en el camposanto, luego que te fuiste,
han puesto otra cruz...
Un día dijeron que estabas perdida,
y a tu propia vieja la hirieron abrojos;
y cuando el verano desnudaba huertos
a tu madrecita la hallaron dormida,
pero con los ojos
abiertos...
Tú no comprendías, que era la ciudad
fuego que consume con sus luces malas,
y que a las Lucitas les quema las alas
de la ingenuidad...

HUERTOS NATIVOS

Bajo toldos de rubios naranjales
serpentea el camino polvoriento
todo lleno de aromas y de viento,
lleno de músicas primaverales.
A las primeras luces matinales
pasa el ganado con su paso lento...
y va el gañán detrás, sucio y mugriento
cabalgando en su potro a los corrales.
Junto a la vieja puerta la ubre ordeña
y la leche, aromada, y espumante,
burbujea en la jarra rebosante.
Y el sol, a su caricia lugareña
enciende el naranjal, fresco y sonoro
cual si puñadas le arrojase, de oro...
De entre el verde follaje, la cabaña
destaca el techo rústico, pajizo.

A un lado está el bambú de áureo carrizo
crujiendo entre el verdor de la maraña.
Mece a lo lejos la flexible caña
su alto penacho, por el viento rizo
y al ondular, su cálamo macizo
alza el rumor de una canción extraña.
Entre belleza tanta no hay, empero,
una que al alma inspire más dulzura
que aquella lejanía de esmeralda,
recamada de virgen espesura...
surge de ahí una loma y en su falda
ondea su abanico un cocotero...

LA TARDE EN EL PUEBLO

Esta tarde de enero no tiene la pureza
de aquella tarde muerta que ya echaste al olvido;
sobre la misma hierba, cansada, se ha tendido,
y enferma de recuerdos, la hermanita tristeza...
Sin embargo es la misma transparente belleza...
El viejo campanario, y el paredón florido,
y el amate a la vera de la senda erigido
con los brazos abiertos a la humilde pobreza.
De las casas hincadas bajo de la arboleda,
la tarde está agitando sus pañuelos de seda,
y la vida en el pueblo pisa alfombras de calma.
...Y yo no quiero nada: me dejo de ser mío,
porque sobre el camino —largo como un hastío—
persiguiendo tu sombra se va toda mi alma...

LOS OJOS DE LA CRIOLLA

Unas veces es clara, y otras veces trigueña
cual la tierra quemada por el fuego del sol. . . .
La criolla que en los labios lleva un tenue arrebol
y en los ojos oscuros lleva un alma que sueña...
Cuando lloran las cuerdas de una triste guitarra,
se le tiñen los ojos de un color de ilusión
y del cálido pecho se le va el corazón,
cuando lloran las cuerdas de una triste guitarra...
En las pálidas horas de las noches de luna,
bajo el toldo discreto del amate sombrío,
le reflejan los ojos cual las ondas de un río
en las pálidas horas de las noches de luna. . . .
Cuando va los domingos a la iglesia cercana,
con sus ojos oscuros de color de aceituna,
los piropos la siguen y el amor la importuna,
cuando va los domingos a la iglesia cercana...
Cuando lloran las cuerdas de una dulce guitarra,
en las pálidas horas de las noches de luna,
se entristecen sus ojos de color de aceituna,
cuando lloran las cuerdas de una dulce guitarra.

EL SALTO

Escena regional; urente sol de estío;
una grácil parásita cuelga su escalinata
de alas de mariposa, pájaros de escarlata,
en la florida torre del conacaste umbrío.
Tal es el escenario por el que corre el río;
el río que arboledas, cielo y frondas retrata
y que fulgura, a veces, como un listón de plata
que estuviera bordado con perlas de rocío...
Y el río va cantando con un cantar que encanta:
mas al llegar al borde del abismo, no canta,
sino que imita el sordo clamor de la tormenta.
Y en su cristal, entonces, tiemblan diademas de oro,
y al despeñar —gritando— su vértigo sonoro,
un huracán de espumas a sus plantas revienta.

PLOMBAGINA

Claroscuro, ¡canta el río!
¿Cómo viene tan jugando?
¡Y las hojas con rocío
son ojos verdes llorando!
¡Qué de músicas celestes
se escuchan en estos lares;
murmurios de platanares
y de palomas agrestes!
Entre las monteses galas
cada cosa es una lira:
¡la tórtola que suspira
es un madrigal con alas!

LUNA EN EL RANCHO

Vagar, soñando versos, en silentes caminos,
con la dorada lluvia del sol sobre tu frente;
y en un tronco sentados, mirarme largamente
en las dormidas aguas de tus ojos hialinos...
“Y qué linda”, dijeran al verte, campesinos
de esos que con sus vacas van buscando una fuente,
y yo: “Sus ojos miran, miran más dulcemente
que dos estrellas blancas en cielos vespertinos”.
Y tú te sonreirías sin vanidad ninguna;
después en nuestro rancho se entraría la luna
y ladraría al vernos, el perro blanco y fiel...
Como el café maduro fuera tu boca, mía,
y en el rancho con luna, mi boca bebería
en la flor de tus labios, un “te quiero” de miel.

AL ENTREABRIRSE LA FLOR DEL COYOL

Siento una vaga ternura infantil
cuando al frescor de las húmedas huertas
sus indecibles plegarias inciertas
lloran las dulces cigarras de abril.
Trémulos llantos que el aura sutil
lleva en sus alas, igual que a hojas muertas
hacia las blandas llanuras, abiertas
bajo los cielos de rosa y de añil...
¡Oh!, las cantoras del riente bohío,
que con sus ternezas aduermen al río
al entreabrirse la flor del coyol...
Y en sus cantares suspiran y lloran
entre los claros boscajes que doran
las melancólicas puestas de sol...

EL RETORNO

Soporosa es la tarde. Junto al estrecho aprisco
sestean los ganados. La vaca, zahareña,
muge tranquilamente, mientras sopla la peña,
la agridulce nariz del buen ternero arisco...
Colúmbrese, entre zarzas, el caldeado risco
tras el que da el amate su nota lugareña.
Un ponentino sol, indeciso diseña
sobre el nácar del cielo, su ensangrentado disco.
En el largo camino polvoroso y solitario
se esparce largamente la voz del campanario,
y el murmullo del bosque y el rebramar del toro.
Y al nativo regazo de las silvestres chozas
retornan de la fuente las insinuantes mozas
desgranando en el aire sus cantilenas de oro.

ROPA BLANCA

En el umbral del rancho está María;
las sombras de sus ojos son rivales
de esas sombras que dan los cafetales
cuando se empieza a adormecer el día...
Es muchacha que sueña y desvaría,
si se le habla del mozo de los chales,
y desgrana el maíz en delantales
y aroma con amor la cercanía...
Cuando en el río tiende ropa blanca
—junto a la poza que la linfa estanca—
al amor de la luna del bohío,
finge la ropa blanca, desde lomas
vecinas, una banda de palomas
picoteando luceros en el río...

ALEGRÍA DE ARRABAL

Es la fiesta del barrio. Confusamente gira
el tumulto compacto por las calles estrechas.
Una triste guitarra modula sus endechas

entre un vaho de guisos que en el aire se aspira.
Del rincón solitario donde el ocio conspira,
asciende el humo fétido de las ardientes mechas,
y en la oscura calleja Cupido alista flechas,
y un poeta bohemio pulsa su enferma lira...
En la hedionda cantina de una hidrópica vieja,
en medio de una nube de plebeyo tabaco,
los campesinos rinden sus tributos a Baco.
Bajo el palio de estrellas de una noche estival,
en la semipenumbra de la angosta calleja,
solloza un organillo su queja musical...

JUEVES SANTO

Envueltos en la niebla de plata de la luna
surge en la lejanía la iglesia y el palmar;
y entre la noche clara se nos van una a una
todas las ilusiones que empezaban a andar...
Junto a la enorme ceiba se arrodilla la iglesia,
y el camino da la idea, bajo la paz lunar,
de que alguien, al andar,
hubiera ido regando puñados de magnesia...
Calma de Jueves Santo. Las mujeres en coro,
van rezando en la calle de indecisa penumbra;
y multitud de velas trémulamente alumbraba
como un río fantástico de luciérnagas de oro...

LOS PERICOS PASAN...

La tarde despierta de su sueño cuando
la alígera nube despunta cantando...
Una nube de alas... una alegre nube
que baja, que sube...
Son ellos Se alejan entre llano y cielo
Son las esmeraldas de un collar en vuelo...
Bulliciosamente
trazan una verde curva en el ambiente.
¿Van a los palmares de ondeante abanico?
Ellos van a donde les apunta el pico...
Se alejan, se alejan pero van tan juntos,
que más bien parecen renglones de puntos...
Y en un llano caen, así como cuando...
como cuando un árbol se está deshojando...

EL CLARINERO

Lleva la noche en su plumaje austero;
de pie sobre el temblor de alguna rama,
inunda de alegría el panorama,
al entrar la mañana en el sendero...
Rápido y donairoso el clarinero,
del mediodía en la absoluta llama,
desciende al agua limpia que lo llama,
desde la torre audaz del cocotero...

Cae como una flecha, baña el traje,
y sonando el clarín emprende el viaje
hacia el maizal que ondula en el confín...

Simboliza dos razas en la brecha,
porque si vuela como indiana flecha,
vibra también como español clarín...

¡CANTAN LOS GALLOS!

Medianoche., yo miro los fanales
de los astros... ¿son ojos soñadores?
¡Hay no sé qué ternura en los fulgores
con que ven esos ojos siderales!
¡Silencio! Entre las sombras nocturnales,
hay vagos aleteos de rumores,
como si labios acariciadores,
deshojasen secretos musicales...
¡Medianoche! Y en tanto que presencio
la lumbre de los soles infinitos
escucho —de la sombra entre los mantos—
¡cuál se quejan los gallos en sus cantos,
cantos que son como dolientes gritos
brotando de los labios del silencio!

PESCADOR DE ESTRELLAS

Vive allí, junto al lago, en el ameno
remanso de los bosques seculares;
y al mecerse, lo arrullan los palmares,
o lo estremece cuando grita, el trueno.
El es el pescador amable y bueno
que ignora de la vida los azares
y endulza con ensueño sus cantares
del plenilunio al resplandor sereno.
Y cuando las estrellas tembladoras
se copian en las aguas gemidoras
al borrar el crepúsculo sus huellas,
se aleja con su balsa hacia otra playa
y arroja sobre la onda la atarraya
cual si quisiera aprisionar estrellas.